

UN NUEVO LIBRO DE POESÍA DE Gonzáles Rojo:

A solas con mis ojos

Liberta-Sumaria, A. C., México, 1979.
por MARIA ELENA PENICHE LEGER

Sólo puede estar con los demás quien, antes que nada, esté consigo mismo. Y Enrique González Rojo está consigo mismo de la "misma manera en que lo 'hizo' en la página 65 de una de sus pesadillas".

¿Regresión? No, aceptación de su propio monstruo, lo que implica la sana, saludable actitud de aceptar al monstruo de los otros. Al mío, al tuyo, al de todo aquel que, sincera y dignamente, quiera aceptar que lleva un monstruo con el que no sólo a veces se confunde sino se integra, se identifica y no puede dejar de conocerse y amarse.

Son las tres de la mañana cuando llego a mi cuarto. Ha sido un día difícil; de múltiples trabajos inacabados, de emociones interrumpidas, de lágrimas contenidas y de voces no expresadas. Día fatigoso que merece el descanso del sueño que se olvida en el calor de las sábanas y el suave apoyo de la almohada. Sin embargo no puedo desvestirme ni quitarme los lentes de contacto porque tengo conmigo un libro nuevo de González Rojo.

¿Nuevo? Ortodoxamente sería muy discutible. Por lo pronto es una antología en la que sólo algunas personas se publican por primera vez, y son poemas que insisten insistentemente en lo ya dicho antes. ¿De qué se trata entonces? De un libro nuevo,

definitivamente si. Nuevo por la renovación de afirmar una vez más la certidumbre de ser con monstruos y con telarañas, la certidumbre de aceptar que se añora en ocasiones el vientre materno que, "aunque de terciopelo" fue nuestra "primera colección de paredes", la certidumbre de saberse "rodeado por el flujo y reflujo de la asfixia", de tenerle temor a las "audacias", pero invitar "al viento a acostarse conmigo" y afirmar finalmente la soledosa certidumbre de saber que "entrecruzo al dormirme mis piernas con las piernas del cansancio" a pesar de haber dado, desde hace mucho tiempo "con la doble sorpresa de mis puños".

No puedo leer la poesía de Enrique. Me leo en ella; siempre y cada vez me descubro frente a una imagen que es la imagen de mi propio relato, un relato que por ser tan antiguo me da siempre algo nuevo, me sorprende, me lleva hacia una entraña que no suponía en mi y mucho menos que esa entraña pudiera estar también en otra entraña.

Cada vez que reencuentro ese inagotable deletrear del infinito abro una puerta más de mi inconciencia y hago una entrada más a mi conciencia; aunque sé que ni el principio ni el fin se alcanzan nunca, que seguiré sobre la piel del círculo en quintuple balar de mis sentidos y a solas con mis dos.

Octubre de 1979.